

Ivana ante el mar

(Excerpt in Spanish)

Translated by: David Heredero Zorzo

Contact of the translator: davidherederozorzo@gmail.com

—Visto anuncio en Internet. ¿Todavía está armario? Sí. Voy —dijo una voz de mujer con un marcado acento suave.

Veinte minutos después, había a la puerta una señora de mi edad con una minifalda negra realmente corta, pintalabios rosa chillón de la nariz a la barbilla y cubierta hasta arriba de brillantes joyas. Nos quedamos de pie en el pasillo mientras sus dos chulos de ¿Bosnia? ¿Serbia? ¿Montenegro?, ambos de negro y con un pendiente diamantesco en el lóbulo izquierdo, daban vueltas con el armario. Nos sonreímos apuradas la una a la otra.

—¿Ucrania?

—Sí y no. Cerca. Rusia.

—Me encantan los poetas rusos.

Me miró con los ojos muy abiertos bajo el graso rímel.

—Tsvetáyeva, Brodsky, Mandelstam... —me atreví.

—¿Usted conoce?

Parecía verdaderamente sorprendida, lo que me hizo pensar que quizá fuera una profesora que simplemente había acabado mal y a quien, a pesar de su actitud despreocupada, no le resultaban fáciles sus nuevos vericuetos. Pero, obviamente, no quería que la conversación siguiese en esa dirección y calló.

—¿Y cómo está allí la situación ahora, después de la invasión rusa de Crimea? Es usted de esa zona más o menos, ¿no? —Me imaginé nuestro armario en su cuchitril, cuyas paredes seguro que estaban pintadas de rosa y en el que pasaría los días más dormida que despierta después de bailar toda la noche en la barra de algún oscuro bar.

—Allí *O. K.* —disparó como si hubiera estado esperando la pregunta.

Nunca deja de sorprenderme el miedo ancestral de la negación, metido tempranamente hasta los huesos por el régimen y del que uno, viva donde viva luego, ya nunca se puede deshacer. Mientras tanto, seguía sin tener del todo claro si era rusa o ucraniana.

—¿Es peligroso? ¿Hay combates allí? —me hice la tonta.

Sacudió la mano tanto que sus pulseras tintinearón, como si rechazara el ofrecimiento de un café.

—Peligros en paz, no en guerra.

[...]

“Tabaco tenemos suficiente y, desde que para el Vidovdan terminó el curso, nos sentamos todos los días en la terraza de un café a rebosar y bebemos orujo de ciruelas, aguardiente aguado o un turco de cebada pura”, escribe Adrijan a su mujer en verano. “Pero solo hasta las diez, que luego hay toque de queda. El paseo, o corso, como lo llaman aquí, está increíblemente animado, allí andan girando corderos asados a 140 dinares el kilo. En el mercado solo se consigue cebolla colorada, cebolla blanca e inmensas cantidades de fresa. Me gustaría enviaros algún paquete de azúcar y un trozo de tocino, pero no lo hay. Como en la cantina, solo he bebido achicoria una vez y el pan está mezclado con patatas. Me arrepiento de no haberme interesado antes lo suficiente por la cocina, porque nuestra cocinera conoce increíblemente pocas recetas. Aunque acabe de ser la siega, no hay harina, pero los campesinos tienen cajas llenas de dinero.

Cada vez que hay reunión en la iglesia o fiesta patronal, se juntan miles de personas, vienen acordeonistas y bailan el kolo. Los campesinos pagan 200 o 300 dinares. Dinero a espuestas, pero los bienes solo se pueden conseguir a través de contactos. Dicen que en Belgrado es la misma historia: danzas grupales, cantoras, música en todos los locales. Si tienes dinero, consigues lo que quieras, desde pasteles hasta atuendos de seda. Un par de alpargatas, que cuando llegué costaba 100 dinares, ahora cuesta 2500”.

Ivana va de inmediato a donde el zapatero Krmolec y encarga un par de sandalias del número cuarenta y cuatro. “No lo pago hasta que no las pese, y si pesan más de cuarenta gramos, no las quiero”, lo amenaza. Resulta que el correo alemán no permite que los paquetes pesen más de doscientos gramos, lo que da justo para una sandalia por envío. Enviaría muchas más cosas si se pudiera conseguir algo; con ello quizás calmara algo su conciencia, porque en los últimos tiempos se ha perdido en otros mundos: se imagina abrazos y sonrisas, esas sonrisas con la comisura izquierda levantada, el rayo de luz en el rostro, la mirada amable e ingeniosa.

“Me dio un tabardillo, pero eso no es nada; unos cuantos han muerto por la malaria tropical”. A Ivana le da otro retortijón en el estómago; el reproche se le propaga ardiente por el cuerpo: si Adrijan muere, será un castigo a ella. Hasta ahora nunca había creído en la venganza católica del diente por diente, pero algo la azotará si no siente como es debido, si no hace todo lo que esté en su mano, si no tiene pensamientos puros y cristalinos, si se olvida de su piel, la cual le parecía que se secaba; su piel, tan abandonada sin el roce de los hombres.

“Los eslovenos somos como una gran familia. Aquí hay paz de Dios; solo el encarecimiento o la carencia de lo uno o lo otro o alguna visita repentina nos recuerdan la guerra. En los últimos tiempos ha soplado un aire fresco; resulta que hemos sido la capital favorita de los más diversos «duques» y sus pandillas. Las borracheras, la violencia, el pillaje y el asesinato estaban a la orden del día. Ahora se han hecho con el poder los otros, que para eso están aquí, y todo el país respira tranquilo.

Si Adrijan resulta herido o muerto, será su culpa; será culpa de su amor insuficiente, su inestabilidad, sus flaquezas, su falta de voluntad. Tiene que aguantar, porque en ella se empieza a asentar el presentimiento de que sus acciones pueden ser la perdición de su marido; a ella, que antes había desafiado tan valiente a los de Škala, a ella la acechaba esta amenaza, esta nueva forma de miedo.

“Voy a dar clases de conversación de alemán a un inmigrante ruso, un ingeniero. No le cobro nada, porque nada tiene. Me dan la habitual bienvenida serbia con fruta en conserva, aguardiente y café. El ruso me presta su traje de baño para bañarme, a lo que aquí llaman, de forma cosmopolita, «ir a la playa». Una tienda se llama Luvre, otra Moscú; tenemos un restaurante Casino y otro Bulevar. Pero, por lo demás, es increíblemente primitivo. Hasta ahora he recibido tus paquetes con unos pantalones blancos, tres pañuelos, tres pares de calcetines de Bata, una corbata, algo de hilo y algo de jabón aromático.

Ivana está de nuevo de mejor humor; las nuevas de Adrijan ya no la dejan conmocionada, se han vuelto parte de la rutina diaria, la suya y la de él. Se han acostumbrado a la distancia; al menos así le parece en este instante, ese momento en el que un día se funde con el siguiente, igual, y mientras sea así, estará bien. Que siga así, que ya se estropeará más tarde de una u otra forma... Por eso, no está tan mal que Ivana vaya otra vez al bosque con su cesta para las setas. Sus pisadas siguen el mismo camino y el corazón le late fuerte; el aire fresco y el olor a barro le bombean la sangre y se apodera de ella una excitación juvenil.

“Aquí hay uno de Lengua Eslovena y uno de Geografía, dos iguales de Aritmética y uno de Historia... aunque este habrá que reescribirlo pronto”, le dice Vitalij. Está de pie entre el helecho y a lo lejos se oyen las campanadas de una iglesia. Por primera vez es una música bonita, se sobresalta Ivana. “Y unas cuantas setas más, de coartada”. Pone tres boletus y dos niscalos sobre el mantel, bajo el cual están escondidos los cinco libros. “Salen libros como setas”.

Ivana le sonríe. Y luego le vuelve a echar una mirada tan bonita que una sensación cálida le baja por la espalda y le llamea en la tripa. “*Muerte al fas... Suerte*”, dice él. “*Suerte*”, responde.

A finales de agosto a Pina se le inflama el cuello y le entra una fiebre alta, se queda ronca y secreciones purulentas le salen de una nariz llena de costras. Ivana est  desesperada. Lo sabía, sabía que algo malo pasaría. Pero no le escribe ni una palabra a Adrijan sobre la difteria de Pina; ella sola debe cumplir esta pena. Sola llevará todo su peso, él ya soporta suficiente. Le da vueltas a todas las formas en que ha reaccionado al llanto de Pina desde el principio; a sus deseos, que antes eran exigencias, a sus enfermedades, que hasta ahora habían sido más leves, y le parece que nunca ha actuado bien. Se culpa tanto que tiene retortijones constantemente.

“*Leo todos los días sobre asesinatos y condenas en el Donauzeitung. Temo por vosotras*”, llega una carta con un sello del rey Pedro. “*Pienso sin cesar en qué aspecto tenéis, qué hacéis, cómo est is vestidas, qué habeis comido. Cuidaos de la disentería y el tifus, aquí están muy extendidos. Me alegro de que Pina se interese por los animales. Yo mismo he tenido en la habitación todo el reino animal, salvo piojos y ratas: ratones, cucarachas y pulgas. Tras la batalla con los chinches, parecía como si hubiera echado arándanos por encima de las sábanas y me hubiera tumbado encima*”.

También Ivana est  tumbada encima de unos arándanos, cubiertos por una manta extendida y su chubasquero, en una tarde de septiembre. Es como si el eléctrico de un teatro hubiera ocultado unos focos por encima de las copas de los árboles para que el contraste entre los menudos haces de luz que pasan a través de las hojas fuera más suave, y, justo antes de que Ivana cierre los ojos, el mundo gira, la muerte se convierte en amor y el amor se pone al otro lado con la aguja de una brújula, frente a la muerte: el sur está al norte y el este al oeste. Kaonik se desplaza aún más lejos, a algún lugar de Bulgaria, y el bosque, como musgo, cubre todo el Reich. Y a la luz de un rayo diagonal que centellea a través de las ramas, Ivana ve sobre sí la comisura levantada de los labios y siente el calor de la piel de Vitalij, que huele a humedad, caminata y humo; Vitalij est  a su alrededor y en ella, las ramas bajas del avellano se mecen rozando el suelo con pausados movimientos.

“*No voy a hacerte un bosquejo para que no te reconozcan si me pillan, pero te voy a recordar. Te pintaría entera, toda t ; no te haría de dos partes diferentes, con la cabeza de una mujer y el cuerpo de otra, como en Almuerzo sobre la hierba*”. Aquí está su hogar temporal, sin puertas ni ventanas, un hogar con lo más básico: una manta, arándanos y una botella de vino; su temporalidad es su belleza, la temporalidad y un lugar de emergencia, puesto que el lugar, al igual que el hogar con la vida, siempre está relacionado con el tiempo: en un tocón a tiro de piedra de ambos almorzantes hay dibujados unos anillos que son testigo de la edad del antiguo árbol, el caracol ha dejado en él su baba y la ar a ha diseñado su hogar como un coto de caza a partir de los hilos que ha producido de sí misma. Ivana y Vitalij yacen en este hogar sin paredes, el cual nadie invadir ; yacen en la hierba sin almuerzo, sin envejecer, en estos límites temporales sin limitaciones espaciales, e Ivana recuerda las antes contradictorias y ahora tan acertadas palabras de Adrijan: “*Disfrute de toda la belleza que pueda sentir, pero no piense de dónde proviene. Cuando perciba el murmullo de las hojas que se mueven en el viento de la tarde, no atienda, no intente discernir qué le quiere decir. Sue e, alma mía, sue e, y sea feliz en sus sueños*”.

Y también por segunda y tercera vez, y aún más, se repite lo que se convierte en un ritual, all , en medio del bosque, cada vez que Vitalij cubre a Ivana y todo se para, también él; tan solo su calor se va expandiendo lentamente por ella, la cubre frente al mundo y la protege bajo s . Esp an en silencio cómo se van colmando de una sangre lenta que se mete despacio hacia la hipodermis, de él a ella y de vuelta. El calor se difunde por ellos, los llena pausadamente, con una fuerza discreta pero perseverante que llega en unas ondas primero lentas y desmenuzadas y luego impetuosas.

[...]

La rolliza pareja a la puerta forzó su entrada; tenían prisa por llevarse la máquina de coser alemana. En el dialecto de la costa con un acento sureño, preguntaron por qué la vendía, dándome a entender con su tono que no merecía la pena tratar de timarlos, porque en cualquier caso saldrían triunfadores del negocio. Supe que, en ningún caso, podría venderles la máquina por el precio anunciado, y, además, tenía prisa, así que acepté su drástica rebaja. Casi ofendidos de que les hubiera resultado tan fácil, echaron un vistazo por la habitación para ver si podían encontrar algo más con lo que tuvieran al menos el placer de cicatear. Juno hizo un gesto con la cabeza hacia la vieja Singer de la esquina, que ya largo tiempo servía como mueble y no como máquina de coser.

—Esa no la vendo.

—Nos la llevamos. —Él sacó del bolsillo trasero de los pantalones un deteriorado billete de veinte y lo agitó ante mí.

—No se vende. No está a la venta. No sé como hacérselo entender. No se puede coger.

—¿Coger? Tú quieres decir tomar, ¿no? —dice ella entre ataques de risa.

—Claro que ella no es tan vulgar —la completó él cuando se puso serio—. Bueno, pues por veinte y cinco.

—Solo vendo la que está en la caja de pino caqui.

De nuevo se rieron.

—Ella quiere decir marrón, no caca. —La bosnia se volvió hacia su marido. Luego, me miró a mí—. Y con caja de pino nosotros nos referimos al ataúd.

